



“No sé a dónde se fue el tiempo”: testimonios de estudiantes durante la cuarentena

Julieta Cane

Question/Cuestión, Nro.70, Vol.3, diciembre 2021

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

ICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e593>

“No sé a dónde se fue el tiempo”

testimonios de estudiantes durante la cuarentena

‘I don’t know where the time has gone’

students’ testimonies during the quarantine

Julieta Cane

Instituto de Investigaciones en Comunicación (IICOM)

Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS)

Universidad Nacional de La Plata

Argentina

julietacane@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-5047-4587>

Resumen

El presente ensayo explora las formas de concebir el tiempo desde diferentes condiciones sociohistóricas. En particular se centra en el contexto de la pandemia por COVID-19 a partir de la lectura de los testimonios de las y los estudiantes de comunicación de universidades argentinas sobre las formas de experimentar el tiempo durante la cuarentena. Este análisis es producto de la colaboración de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP) en la investigación interuniversitaria “Cómo se informan y cómo estudian los estudiantes de periodismo de las universidades argentinas a través de dispositivos digitales” (Investigar en Red).

Palabras claves: tiempo, redes sociales, cuarentena

Abstract

This essay explores the ways of conceiving time from different socio-historical conditions. In particular, it focuses on the context of the COVID-19 pandemic by reading journalism students' conception about time during the quarantine. This analysis comes from the collaboration of the Faculty of Journalism and Social Communication (UNLP) in the inter-university research 'How Argentinian students from journalism universities consume information and study using technologies' (Investigate in Network- Investigar en Red www.investigarenred.ar).

Keywords: time, social networks, quarantine

“Toda mi existencia en este mundo está ordenada continuamente por su tiempo, está verdaderamente envuelta en él. Mi propia vida es un episodio en el curso externamente artificial del tiempo” Berger y Luckmann (2003).

Algunas aproximaciones teóricas en torno al tiempo

A lo largo de la historia de la humanidad hay algunas preguntas que nos persiguen como sujetos sociales: ¿Qué es el tiempo? ¿Una invención? ¿Una ilusión? ¿Una construcción que nos precede? Desde las más diversas disciplinas y desde las culturas más remotas se ha intentado esbozar una definición: pasando por los escritos de Aristóteles, la teoría de la relatividad de Albert Einstein o los poemas de Mario Benedetti, por mencionar sólo algunos ejemplos.

La concepción que construimos en torno al tiempo está condicionada por las coordenadas sociohistóricas y culturales en las que nos encontramos inmersos. No es lo mismo pensar el tiempo en Occidente que en Oriente. Su manera de organizarlo fue variando en función de los recursos disponibles de cada época y de los intereses de las clases dominantes. Hablar de tiempo es también hablar de poder.

En el libro “De los medios a las mediaciones”, Jesús Martín Barbero explica que en la Edad Media las culturas populares organizaban el tiempo de manera circular en función de los propios ciclos de la naturaleza:

El tiempo del ciclo es un tiempo cuyo eje está en la fiesta. Las fiestas con su repetición, o mejor con su retorno, jalonan la temporalidad social en las culturas populares. Cada estación, cada año, posee la organización de un ciclo en torno al tiempo denso de las fiestas, denso en cuanto cargado por el máximo de participación, de vida colectiva (1987, p. 99)

A partir de la unificación de los Estados-Nación hubo un cambio de paradigma estrictamente ligado al plano productivo. La invención del reloj en el siglo XVI instauró la idea de que era posible mensurar el tiempo y dotarlo de valor económico. De esta forma, se reemplazó la concepción cíclica por un modelo lineal, individual y homogéneo. La expresión “perder el tiempo” encuentra su raíz etimológica en dicho momento socio-histórico y adquirió tanta relevancia que perdura hasta la actualidad.

Si como señalamos anteriormente las nociones en torno al tiempo no pueden evadirse de las propias condiciones sociales, históricas y culturales, cabe preguntarse qué es el tiempo en este preciso momento: ¿Qué es el tiempo cuando las pantallas se tornan omnipresentes y los minutos se difuminan en el ciberespacio? ¿Qué es el tiempo cuando ni siquiera tenemos que presionar un botón para ver el próximo capítulo de una serie? ¿Qué es el tiempo cuando una imagen reemplaza a la otra en cuestión de segundos? Cuando lo inmediato, lo urgente, se renueva constantemente.

Numerosos autores y autoras contemporáneos coinciden en que estamos viviendo un momento de inflexión respecto a las grandes definiciones impuestas por la modernidad. La metáfora de la liquidez propuesta por Zygmunt Bauman (2007) da cuenta de que la incertidumbre es uno de los grandes rasgos de nuestra época. Al respecto, el filósofo Byung Chul Han advierte:

La crisis de la época actual no es la aceleración, sino la dispersión y la disociación temporal. Una discronía temporal hace que el tiempo transcurra sibilante sin dirección y se descomponga en una mera sucesión de presentes temporales, atomizados. Con ello, el tiempo se hace aditivo y queda vacío de toda narratividad. (2016, p.33)

En este escenario de dudas, más que de certezas, cualquier definición o marco teórico parece quedar obsoleto con el devenir de los acontecimientos diarios. Sin lugar a dudas, la pandemia por Covid-19 marcó un antes y un después en los modos de percibir el tiempo. Depende de nuestra experiencia dotarlo de significado.

Transformaciones en los modos de percibir el tiempo durante el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio por la pandemia de COVID-19

En este apartado compartiremos algunos testimonios sobre los modos de experimentar el tiempo durante el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) por parte de estudiantes de periodismo y comunicación social de diferentes universidades del país. Cabe señalar que el estudio se enmarca dentro de una investigación interuniversitaria que busca analizar cómo se informa y cómo estudia el estudiantado de periodismo y comunicación de las

universidades argentinas a través de dispositivos digitales a cargo del Dr. Francisco Albarello (investigarenred.ar).

La metodología de trabajo fue el desarrollo de entrevistas en profundidad durante el período de junio y octubre del 2020, que se complementó con la realización de encuestas. Mediante la aplicación del *software* AtlasTi, se observaron diversas categorías de análisis que derivan de las entrevistas (tiempo y lugar de conexión, consumo de medios tradicionales y emergentes, uso de dispositivos para el estudio, por citar sólo algunos ejemplos).

Desde el equipo de la UNLP, colaboramos con la lectura e interpretación de los códigos “Rutina con la tecnología” y “Cambios en la rutina por la pandemia”. En dicho proceso pudimos evidenciar que una de las transformaciones más notorias en los hábitos de las y los estudiantes durante el ASPO está vinculada con el tópico que nos convoca en este artículo:

Bueno, con respecto el cambio que se dio fue en relación al tiempo, más que nada al no tener trabajo tengo más tiempo libre durante el día, si bien estoy consumiendo más redes sociales, sí tengo que decir me siento menos informada que antes, porque siento que hay mucha saturación (Juana, 23 años, Universidad Nacional de Lomas de Zamora)

Sí, cambió bastante. Más que nada porque hay un montón de actividades que ya no hago y tengo más tiempo. Pero igual tengo más tiempo, pero no tengo más tiempo... Así que no sé a dónde se fue el tiempo porque, no sé... estoy todo el día estudiando. Antes... quizás salía, estudiaba 3 horas por día y estaba bien. Ahora no salgo, estudio 6 horas por día y estoy atrasado. Cambió más que nada eso (Ramiro, 20 años, Universidad Austral)

Como mencionamos con anterioridad, desde la perspectiva de la subjetividad, el tiempo no es una idea ni una concepción filosófica; es una experiencia. Y la experiencia varía según cómo varían sus condiciones (Corea y Lewcowickz, 2004, p.51). En la cotidianidad preexistente a la pandemia, el tiempo estaba regulado por rutinas individuales y colectivas que formaban parte de un gran acuerdo social sujeto, principalmente, al plano productivo. De esta forma, las instituciones educativas, los espacios de trabajo, las actividades recreativas y deportivas funcionaban como grandes reguladores del tiempo.

A partir del ASPO comenzó a resquebrajarse la organización temporal que como sociedad habíamos naturalizado. Esto provocó sentimientos de desconcierto e incertidumbre que en el caso de las y los estudiantes universitarios se reflejó en un desplazamiento de sus horarios y rutinas cotidianas:

Y ahora cambió mucho, me cuesta con el tema de los horarios. A la mañana levantarme temprano es un horror, porque termino haciendo cosas a la noche y se me desplazó todo el horario. (Daniel, 21 años, Universidad del Comahue)

Estas últimas cuatro semanas ocupé toda la madrugada, cambié de horario de sueño y me dormía prácticamente a las 7 de la mañana. Eso fue el último mes, por aprobar una materia ahora. (Lidia, 22 años, Universidad Nacional de Jujuy)

Me acuesto en mi cama o en el escritorio, ordenándolo todo, me pongo los auriculares con música y empiezo a estudiar y me gusta más hacerlo por la madrugada porque no hay nadie, hay todo silencio, nadie molesta, ningún perro ladra ni nada (Carla, 24 años, Universidad Nacional de Jujuy)

[...]hay veces en que no puedo estudiar generalmente en el día llego a casa a las 11 de la noche me pongo con la facultad a ver vídeos de las clases, etcétera, y me duermo a las 4 de la mañana (Rommel, 23 años, Universidad Nacional de La Plata)

Es necesario señalar que durante la cuarentena numerosos profesionales de la salud mental advirtieron sobre el impacto psíquico que el contexto sanitario podía ocasionar en las personas, aumentando cuadros como la ansiedad y la depresión, que derivaban en alteraciones del sueño.

Además, durante los primeros meses, en las redes sociales virtuales abundaban los contenidos de *influencers* sobre cómo ocupar el tiempo de manera productiva: desde correr una maratón en los metros cuadrados de la cocina, innovar con recetas culinarias o inscribirse en el primer curso virtual ofertado por los algoritmos. Esta presión social sobre “las formas correctas” de transcurrir la cuarentena se ve reflejada, por ejemplo, en el testimonio de Bernardita:

Durante el primer momento de la cuarentena que estaba en La Plata fue como una saturación importante, sobre todo porque en redes sociales se dieron varios fenómenos de gente que te decía lo que tenías que hacer, que tenías que hacer esto y actividad física, que parece medio una pavada pero te influye muchísimo entonces era una saturación. (24 años, Universidad Nacional de La Plata)

Al ingresar en el universo de las redes sociales, todo indicaba que lo urgente, lo inmediato, estaba ligado a la necesidad de dotar al tiempo de producción. En el carácter superfluo de las imágenes no importaba que el mundo estuviera frente a la amenaza real del virus, lo verdaderamente importante era sentirse productivo a pesar de la tristeza y de las propias señales de nuestros cuerpos. Esto no quiere decir que disminuyamos las ventajas de contar con redes sociales durante el aislamiento. Por el contrario, valoramos la posibilidad que ofrecieron para que muchos rubros pudieran reinventarse y generar un sentido de comunidad y pertenencia.

Frente a la imposibilidad de frecuentar espacios físicos de encuentro por la amenaza del Covid-19, los dispositivos tecnológicos adquirieron un notable protagonismo conformando un nexo entre el adentro y el afuera. De algún modo, podemos decir que se convirtieron en grandes ordenadores de las rutinas diarias de docentes y estudiantes, posibilitando la continuidad de los procesos de aprendizaje. Tanto las clases sincrónicas como las asincrónicas implicaron la necesidad de establecer horarios concretos, ya sea para la carga de contenidos en una plataforma, la entrega de trabajos prácticos o la participación en una videollamada:

A la mañana me levantaba, leía un texto, el celular lejos en modo avión y me iba a la cocina, como que me ordenaba. A mí me pasa mucho lo de la frustración de “no llego a hacer todo, no llego a hacer todo”. Entonces para evitar eso digo, hoy leo el texto de filosofía, leo el texto de esto, leo el texto de lo otro. Extremadamente ordenada. Era lunes y yo para el martes ya tenía las actividades resueltas. (Bernardita, 24 años, UNLP)

Bueno me levanto casi siempre temprano porque considero que a la mañana me concentro más. Prendo la compu, veo qué cosas tengo que hacer. Envío el trabajo, después leo las clases que dicen qué leer o analizar. (Victoria, 18 años, UNLP)

Otro de los aspectos que pudimos observar en los testimonios de estudiantes fue la dificultad para concentrarse en tareas específicas, particularmente con las que requerían mayor esfuerzo cognitivo como leer, estudiar, analizar e interpretar textos:

Algo que empecé a hacer en la cuarentena con el celu: lo apago para hacer las cosas de la facultad porque no me concentro, entonces lo apago y lo guardo. Cuando termino las cosas lo voy a agarrar. Algo que me está pasando es que me cuesta mucho administrar el tiempo (Victoria, 18 años, UNLP)

Me empecé a distraer más y después volver a estudiar en el mismo lugar en el que hacía todo me daba fiaca, me aturdía estar tanto tiempo en el mismo lugar. (María José, 20 años, UA)

Creo que cambié desde leer el material bibliográfico hasta lo que es prestar atención y la concentración también me cambió al cien por ciento. (Lidia, 22 años, UNJU)

Lo que me pasa, más que con el tiempo, es con la distracción. Creo que me distraigo más con la compu que en el papel. Por ahí algo en la compu lo tengo que leer dos veces, pero es más rápido que en el papel también. Siento que por ahí me disperso con la compu, pero que es un poco más rápido. Y con el papel siento que me concentro más. Igual para leer uso la compu. (Melany, 23 años, UNLP)

Si bien resulta esperable que en momentos de crisis la atención disminuya, debemos tener en cuenta que previo a la pandemia esta conducta ya ameritaba la producción de diversos estudios e investigaciones sociales. En el año 2004, Corea y Lewcowicz anticipaban:

Cuando leo o estudio, experimento un tiempo acumulativo, evolutivo, en el cual cada momento requiere uno previo que le dé sentido [...] No sucede lo mismo con las prácticas de recepción de imágenes. Cuando miro tele experimento la actualidad, la puntualidad del instante, habito un tiempo que no procede del pasado ni tiene evolución, cada imagen sustituye a la siguiente sin requerir antecedente (2004, p.51).

Cabe destacar que el análisis de Corea y Lewcowicz se enmarca dentro de un momento socio-histórico en el que la televisión era la gran protagonista de las pantallas. La

práctica del *zapping* hoy puede asimilarse a la de *scrolllear*, es decir, consumir (micro)contenidos en las redes sociales virtuales sin tener un objetivo específico. Para referirse a este fenómeno, en su reciente libro Carlos Scolari propuso el término “cultura snack”:

A medida que se fueron multiplicando los medios también se fueron incrementando la cantidad de textos y de formatos textuales en circulación. La competencia por la atención ha hecho que afloren una infinidad de piezas textuales breves que forman parte de la así llamada cultura snack: clips, tuits, memes, tráileres, webisodios, teasers, sneakpeaks, cápsulas informativas, tiktok...La dedicada atención del autor hacia los formatos pequeños de la comunicación ha dado como resultado un florilegio que hace culto y glorifica el arte de lo breve (2020)

No es ninguna novedad que las grandes compañías de la industria cultural compitan por capturar nuestra atención y por ofrecernos -a merced de nuestros datos- aquellos contenidos que van a calzar bien con nuestros intereses. Sin embargo, la búsqueda por mantener la atención durante un tiempo prolongado se complejiza cada vez más si tenemos en cuenta que uno de los valores de época más apreciados por el mercado es la habilidad de realizar diversas actividades al mismo tiempo.

En la actualidad, muchos jóvenes comen una hamburguesa mientras envían un audio por WhatsApp, navegan por las 15 pestañas abiertas en la computadora y replican un meme político en Twitter. La generación multitarea puede soportar un tsunami de estímulos que despiertan de manera simultánea todos los sentidos. A pesar de todas estas destrezas, hay un estado físico y emocional que no pueden tolerar: el aburrimiento.

No me gusta estar siempre en una cosa. Como que si estoy viendo la serie mucho tiempo me aburro, después paso al celular. Si estoy mucho con el celular, no sé, paso al libro. Varío entre esas cosas. Nada, después sigue mi vida en el celular. (Sofía, 20 años, UA).

Yo creo que me conecto desde la computadora porque nada, el tema de tener el escritorio, lo que hace que yo pueda estar escuchando algo, viendo otra cosa (Martina, 22 años, Universidad Blas Pascal).

Quizás en esta instancia del artículo resulte evidente que el tiempo de conexión a dispositivos tecnológicos aumentó de manera significativa durante el ASPO. De allí que resulte más interesante analizar las estrategias que un número notorio de jóvenes puso a disposición para impedir ser absorbidos por las pantallas:

Me intento desconectar, no me sale mucho, vamos a ser realistas como que intento tomarme una horita para, no sé, leer un libro o algo y terminando mirando una serie (Camila, 20 años, UA)

Estoy tratando de tener una “dieta” de las redes porque soy consciente del tiempo que te consumen (Alina, 19 años, UBP)

Hago un recreo de dispositivos con mi familia en el que nadie se conecta y sólo tomamos mate (Florencia, 20 años, UA)

Antes intentaba por lo menos, no sé, hacer otras cosas para no estar todo el tiempo conectada. Hasta ponía el tiempo en las aplicaciones, eso intento usarlo pero siempre es como “dame 15, dame 15” (Sofía, 20 años, UA)

Trato de mantener una relación cara a cara sin usar el dispositivo, sobre todo en momentos claves de reunión familiar, almuerzo, cena...trato de distenderme (Joaquín, 29 años, UNICEN)

Como es posible observar, en la mayoría de los testimonios prevalece el verbo “intentar”. Los recursos que se despliegan para luchar contra las pantallas son diversos: van desde instalar aplicaciones para regular el tiempo de uso, desactivar las notificaciones, pautar acuerdos familiares e incluso guardar el celular en un cajón para que no esté al alcance de la vista. En el *e-book* “La aventura de innovar con TIC III: oportunidades y desigualdades en el marco de la pandemia”, Pamela Vestfrid advierte sobre el *phubbing* o ningunfoneo, uno de los comportamientos más preocupantes de los últimos tiempos:

Con respecto a las distracciones que provocan las tecnologías de la comunicación han surgido efectos indeseados, uno de ellos debilita los vínculos entre los miembros de una familia o en el ámbito escolar o laboral, entre otros, cuando una persona se da cuenta que es ignorada

o que no recibe la suficiente atención de su entorno, porque las otras personas están más pendientes de su smartphone, que de ella. (2020, p.50)

Más allá de la creatividad para instaurar una distancia respecto a las pantallas, las estrategias empleadas por las y los jóvenes son profundamente desiguales: ¿Cómo competir con un conglomerado de compañías que tienen a disposición los datos de toda la población mundial? ¿Cómo competir contra los algoritmos que saben lo que comemos, lo que buscamos, lo que decimos? ¿Cómo competir contra lo que deseamos, contra las sustancias que se activan en nuestro cerebro cada vez que subimos una foto y recibimos un *like*?

A pesar de todas las dificultades a las que nos enfrentamos día a día para hacer de nuestras vidas una experiencia más conectada con lo naturalmente esencial, en el universo de las redes sociales virtuales no todo es tan homogéneo y alineador como parece. Particularmente, merecen nuestra atención los estudios de organizaciones sociales que han debilitado de manera significativa el *status quo* construyendo un sentido de comunidad y de pertenencia.

En este marco, nos referimos a los movimientos feministas que visibilizan las profundas injusticias del sistema patriarcal, a los miles y miles de jóvenes que se autoconvocan a través de Twitter para marchar y exigir que las grandes corporaciones se asuman como las principales responsables del cambio climático, a las personas que se agrupan para luchar contra el racismo, el odio y la xenofobia. Todos estos movimientos nos aportan la fuerza que necesitamos para construir colectivamente nuestro futuro. Después de todo, la utopía sirve para caminar...

El tiempo que vendrá

El jueves 28 de octubre del presente año Mark Zuckerberg, fundador de la red social Facebook, anunciaba la creación de Metaverso. En una conferencia que se transmitió por video y que duró aproximadamente una hora, este joven empresario inauguraba la conversación detallando las transformaciones que fuimos experimentando en los últimos años con las tecnologías de la información y de la comunicación. En otras palabras, presentaba la irrupción

de un mundo virtual inmersivo destinado a cambiar todas las dimensiones de nuestras vidas para siempre casi como una obviada:

Cuando fundé Facebook, nos comunicábamos mediante texto, usando computadoras. Luego tuvimos móviles con cámaras e Internet se hizo más visual. Al hacerse más veloces las conexiones, el video ha pasado a ser la principal forma de experimentar el contenido. Hemos pasado de los escritorios, a la web, y de ahí a los móviles. De texto a fotos y luego a videos. Pero este no es el final (2021)

Por supuesto que no lo es. Las industrias de las tecnologías de la información y la comunicación se han expandido de forma considerable durante este último tiempo, sobre todo, a partir de la pandemia. Según un artículo de Le Monde Diplomatique, 750 mil millones de dólares es el incremento conjunto de la cotización bursátil de las cinco mayores empresas tecnológicas (Google, Amazon, Apple, Facebook, Microsoft) entre fines de marzo y fines de abril del 2020, en función de la pandemia del coronavirus (Zuazo, 2020, p.14).

En el maravilloso mundo de Internet, cada click, cada *like* y cada segundo que transcurre se convierte en dinero. Hoy las grandes plataformas son los monopolios que controlan el mundo: el poder está concentrado en las manos de unos pocos que tienen la potestad de decidir el destino de países enteros. Lo más llamativo es que, como plantea Natalia Zuazo, nadie los eligió para que asuman semejantes responsabilidades. Nadie los votó para que desde Silicon Valley decidan sobre el cambio climático, el hambre, la desigualdad, entre tantos otros problemas que atraviesan nuestros tiempos.

En el texto “La construcción social de la realidad”, Berger y Luckman plantean que “los diferentes niveles de temporalidad empíricamente presentes deben correlacionarse en todo momento” (2003, p.43) Probablemente, el anuncio de Mark Zuckerberg hubiese sonado a ciencia ficción hace tan sólo dos años. Hoy estamos frente a una ola gigante que se aproxima y nuestro único mecanismo de defensa parece ser dar *likes* a videos de gatitos o crear memes para compartir en Twitter (*Googlee-se memes de Metaverso*).

A pesar de que nos interpele predecir el futuro -y de contar con algunos indicios- no sabemos con exactitud cómo será el tiempo que vendrá. Lo que sí podemos estimar es que las

sociedades de los próximos años también tendrán el impulso de definirlo. Las respuestas varían, pero la pregunta es la misma: ¿Qué es el tiempo? Intuimos que el Club de los Cinco tendrá gran influencia en la elaboración de esa respuesta.

Referencias bibliográficas

Bauman, Zygmunt (2007) *Tiempos líquidos: vivir en una época de incertidumbre*. España: Tusquet Editores.

Berger P. y Luckmann T. (2003) *La construcción social de la realidad*. Argentina, Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Byung Chul Han (2016) *La sociedad de la transparencia*. E-publibre.

Corea, C. (2004) Pedagogía y comunicación en la era del aburrimiento. En Corea, C y Lewcowickz, I. *Pedagogía del aburrido* (pp. 41-71). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Martín Barbero, J. (1987) *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: Gili S.A

Scolari, C. (2020) *Cultura snack*. Buenos Aires: la marca editora.

Vestfrid, P. (2020) Ser en la red: cambios en la atención, la memoria y la privacidad de los usuarios. En *La aventura de innovar con TIC III: oportunidades y desigualdades en el marco de la pandemia* (pp. 47-53). Disponible en: <https://bit.ly/34t7pzb> La Plata: Facultad de Periodismo y de Comunicación Social (UNLP).

Zuazo, N. (2020) Los dueños de Internet. En *El Atlas de la Revolución Digital* (pp. 14-17). Buenos Aires: capital intelectual.

Zuckerberg, M. (2021) El metaverso y cómo construiremos juntos [Archivo de video] Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=Uvufun6xer8&ab_channel=Meta